

POSTALES DEL SEXO NIÑO

Yo vivo mi pesadilla: el sueño invasivo y ominoso de la memoria. Hay quienes dicen envidiarme. Yo digo que hay más de enfermedad que de regalo. Quizá esta máquina imparable del recuerdo sea lo único que tengo. Y eso es, para mí, una pavorosa sospecha. Mi única virtud es vivir picaneado por cosas que quisiera olvidar. Como al mismo tiempo soy adicto a la mentira, los años han hecho que el límite entre mis recuerdos y mis inventos se haya ido borrando. De repente, me encuentro manoseando la memoria ajena, que es la más valiosa. Mi memoria es venenosa e infalible. Es un cajón atiborrado de objetos inútiles, solo usables en función del invento. Asimismo, los testigos de lo mío no recuerdan nada de lo que evoco. Pero si estaban todos allí, me digo asombrado. Me doy cuenta de que donde vi una revelación, los demás vieron un mínimo segundo de vida. Se hace presente mi patetismo. Ya no tengo veinte años y los engranajes están algo pastosos, aunque no oxidados. Lo que recuerdo está aquí, en el mismo lugar donde me toco la piel, pero también, más atrás, están todos mis embustes. Y está lo que hubiera querido. Esa mezcla es la síntesis de mi locura. Estos diálogos y paisajes que me habitan son deformes, pero un detalle, un sonido, una fecha precisa los acomoda sin esfuerzo. Y así ando. Como un

parlanchín engrupidor o maníaco que hace de eso su don. Esto que a muchos asombra son los murciélagos que me revolotean cuando estoy solo. Vivo enfermo de memoria. Créanme. Pero no del todo. Como a ese cielo azul que todos vemos, que ni es cielo ni es azul.

El verano era mi estación favorita. Los días aparecían atrás de la ventana haciendo estallar una cortina amarilla con ferrocarriles que había en mi cuarto. El verano es amarillo y verde, pero también el rojo acecha, al final del día, cuando desangra el cielo y el sol se va cayendo en el horizonte, derretido de calor. Suicidado. El verano era solamente promesas. Lo único triste es ese momento en que agoniza el final de los juegos y el rato en que no somos niños, sino hijos, y cumplimos los rituales de la casa para que luego la noche nos dé otro pequeño regalo de libertad con ventanas abiertas, insectos que hacen música, puertas despreocupadas que dan a los patios. Los recuerdos que guardo suceden en verano. En mi niñez, el invierno sin obligaciones no existía. O era más bien amargo. A los tres años iba al jardín de un colegio católico. Lo único que esperaba era llegar y encontrar a mis compañeros. Toda la mañana esperaba estar ahí. Luego, retazos de escenas: las monjas sombrías, las maestras inexpertas, las peleas de niños, y una empleada de mi casa que me fajaba tupido. Esto, mis padres lo supieron mucho después, y quizá descreyeron. Yo mismo dudaría de mí; ella era casi una adolescente, no es verosímil tanta fuerza. Pero ahí estaba el escobazo, la cachetada, el sopapo glorioso y el humo de su cigarro satisfecho cuando se sentaba a no hacer otra cosa que echarme

el pánico de su mirada amorosa o amenazante. Siempre parecía estar diciendo «no me pruebes». Sin embargo, los momentos en que no aparecía su contracara en llamas eran el placer de su risa y su forma cuidadosa de tratarnos. Creo que su violencia no era más que la naturaleza bestia de su condición y la pesada herencia de una familia donde todo se solucionaba a los palos. Su padre era un albañil entrañable al que siempre recuerdo noble y cariñoso, su madre, una mujer que bailaba los dictámenes machos del hogar. También una hermana mayor que ya no vivía con ellos, un hermano del que no guardo demasiadas siluetas y su hermana, que por aquel entonces tenía casi mi edad. Rondábamos los tres o cuatro años.

La familia vivía a la vuelta. Su casa era una construcción vieja que tenía la dignidad intacta. Había espacios grandes, muchos cuartos, un gran fondo como un animal verde echado al sol, un galpón que se caía, un pasillo entre el costado de la casa y la pared de la vivienda contigua. Y en ese pasillo, una especie de recoveco, una hendidura grande en la pared, que daba la sensación de cueva o de casita para que dos niños se tocaran, se exploraran el desconocimiento en las siestas. A los tres años descubrí mi ser sexual. Tres años y supe de la forma del deseo y, más aún, tuve conciencia de que eso que me quemaba por dentro no se descargaba de otra manera. No había ingenuidad; había torpeza, sí, pero no era para mí algo inefable. Yo sabía que eso que hacía era sexo, conocía sus finalidades, sus métodos, su forma de calar la piel. Había cinismo. Pero el primer

paso no lo daba yo. Con una niñez casi absurda, yo era un *sex toy*.

La niña se llamaba S. La mañana era el descargue de energía jugando con mi vecina; el juego con agua y mangueras, la guerra, todas esas intrigas del verano pleno. Quizá lo más excitante es que no había más que eso, y era todo muy sencillo. Luego se almorzaba en cada casa y había un momento para que los cuerpos descansaran. Y en algún instante de la tarde, cuando los adultos dormían y nadie andaba acechando, el deseo, un clic, una bruma, algo perdido, y la siguiente escena somos S y yo escondidos en ese pasillo, solamente en ropa interior, tocándonos con la decisión de dos jóvenes que ya han experimentado y saben qué parte del tacto funciona y cuál no. Aparece la piel blanquísima, fresca, el pelo marrón y oloroso y las bocas descuidadas chocando sin acertar la forma del beso pero sabiendo que ahí falta algo. La unión de las bocas quizá fuera lo que terminaba de cerrar la tarea. Buscábamos eso, pero era mucho más complejo que simplemente acercar los sexos ardiendo por debajo de los calzones, mover la cadera o las piernas con una sospecha muy sabia. Gozar. No podía estar bien eso si había tanto placer y era algo que esperábamos. Jugar era espontáneo, comer, dormir, reírse, eran cosas que nos iban cayendo del devenir, día a día, cumpliendo nuestra tarea de amaestrados animalitos de felicidad familiar. Pero eso, eso que no tenía nombre, era algo que se pactaba. Con una mirada, un roce o un gesto. Entonces sabíamos a qué parte de la casa ir y qué hacer. Definitivamente era algo, aunque no tuviera nombre.

Todo ese explorar y lamer, y morder, y oler finalmente no había ocurrido si no sabíamos cómo se llamaba. Eso también nos hubiera salvado de la culpa. De habernos visto, Dios nos habría perdonado.

No estoy seguro de dónde saldría esa forma de querer algo. No era el momento de la duda, en mi niñez no había lugar para ese pájaro oscuro que vino luego. Por entonces podía aparecer, acaso, el remordimiento. Sé que detrás de las miradas inocentes y la voz de niños nos habitaba un instinto primero de lo animal. Había una forma natural del acercamiento, algo que surgía sin necesidad de un pacto elaborado. Era dejar abierta una tranquera para que todo se fuera por ahí. Y el resto era choque de lenguas y bocas, saliva mezclada sin ningún cuidado. Seguramente estaba la imitación, la contemplación de algo. Pero no hay mucho más que la memoria clara, salvaje. La noche era el momento de la soledad y el arrepentimiento, junto con la certeza de que eso era lo que quería repetir, eso mismo. La cercanía de nuestros padres, estar separados, volver a ser niños. Quizá la culpa era por ocupar, por un momento, un papel que no nos correspondía, y luego, en casa, saber que cerca de nosotros estaban los verdaderos dueños de ese rol. Los que habilitarían el deseo un día. Pero no ahora. En ese momento solamente había una sentencia que apagaba todo: a dormir. Ni siquiera los sueños eran tan libres como la libertad: no recuerdo sueños eróticos en la niñez, quizá porque el erotismo estaba tan presente que no era necesario el anhelo.

Después, a medida que los años fueron pasando y todos fuimos creciendo, aquello sin nombre lo

tuvo. Fue concepto y fue objeto. Por ahí vino la esencia de lo prohibido, el pecado, lo indebido. De todas maneras, no solamente sería algo culposos durante muchos años, sería, acaso, inalcanzable y ajeno.

Si, como dice Cristina Peri Rossi en *La insumisa*, los niños son algo así como animales domesticados, yo era un pequeño animal de lujuria. Lo mío era un secreto con culpa. No solamente tenía la esencia de lo errado, sino que también tenía la certeza de que sucedería. Durante toda mi niñez experimenté esa sensación, y la participación de otros niños en el ritual de mi deseo era el alivio de saber que alguien más sentía ese conocimiento inexplicable. Prefiero pensar eso antes que sentir que había en mí cierto poder de seducción. En esa niñez estaba el sabor heredado, aún latente en la lengua, de la manzana edénica. Por niños como yo perdimos el paraíso. Yo pregunto, indago: ¿quién sentía deseo sexual a los cuatro o cinco años? Nadie. ¿De dónde saqué ese diablo que me habita desde entonces? Cada vez que intento un verso, un poema perfecto, algo me perturba. Tengo tatuado en cada silencio el sonido cerdo de mi olor a deseo recién parido. Le tengo terror al niño aquel. Por suerte ya casi no se aparece en mis sueños.

No busco el encuentro con la psicología. El entramado de la cultura es el apalabrado civilizatorio de más de un siglo de visiones y versiones de pseudociencia que trata, balbuceando, de encauzar la animalidad, la barbarie primera. La decodificación de las conductas trae, inevitablemente, un ideal moral, por más que escape del andamiaje cristiano. Quiero la raíz de mi recuerdo bestia. Si entregara todo esto a la psicología –lo hago desde el momento en que lo escribo–, verían mis razones lógicas donde solamente quiero ver el recuerdo de raíz a la intemperie. También podrían encontrarse, y eso sería peor aún, una alcancía de perversiones y vejaciones lista para ser rota y analizada. El mundo escudriñador de patologías encontraría allí una explicación a toda clase de dificultades en mi presente. No tengo esa intención. Me declaro un negador serial. Si las experiencias de mi sexo iniciático son determinantes en la forma en que ahora camino, hablo, me lleno de ira o le tengo pánico al desamor, no quiero saberlo. Especialmente debido a que, por basarse en situaciones pasadas, no habría remedio alguno. ¿No puedo trabajar en mi amor por la soledad sin saber que viene de aquel manoseo o aquella película pornográfica que no debí mirar? Todo esto, además, suponiendo que mi cabeza, en el proceso de negación, no guarde recuerdos terroríficos de daños por parte

de adultos en algún momento. Repito que mi memoria es el cuervo del poema de Poe, una criatura que me atormenta: ¿podré librarme de mis recuerdos?, *nevermore*, dice el animal en perfecto inglés, el lenguaje de lo tenebroso. Así como mi cuerpo destrozado por diversos males, avejentado, no ganaría nada con encontrar la causa en vicios nacidos en la adolescencia mientras agonizo, con esta negación quiero que quede claro: mi deseo no es cobayo de ningún facultativo metiche, mi sexo inicial y curioso no está aquí con ninguna idea más que la del relato reflexivo. Si eso es dañino, yo, quien escribe, reivindico el derecho a hundirme en la mierda de mis traumas sin hacer nada al respecto. Para que la industria invasiva de la salud lo sepa, hay quienes nos vemos en la carretera y decidimos pasarnos por encima a toda velocidad solo por contar una historia.

De niños construimos nuestras casitas, el refugio de los secretos, el lugar donde reina nuestra emulación del mundo adulto, pero también la liberación de los fantasmas que oprimen, que aprietan. Es el club secreto, la logia donde se suelta la culpa. Aquí, mientras pretendemos que nuestras vidas han crecido de golpe y cada uno ocupa su rol de padre, de madre, de hija, de amante, de jefe, no hay más que una pequeña selva de suposiciones, una semántica del ansia niña. La casa pequeña es la logia en la que el mundo adulto es construido a imagen y semejanza de lo que se escucha y se ve; una frase guarra, un beso de una pareja, una revista pornográfica, el anuncio de una película en la tele. Recuerdo, una vez, que en el canal de la Red del Interior anunciaban la versión cinematográfica de *La casa de los espíritus*,

de Isabel Allende. En un flash casi insignificante se insinuaba una escena de sexo con un culo masculino al aire en posición del misionero desde un plano superior. La madre de unos amigos, cuando estábamos jugando en el patio, salía al marco de la puerta y gritaba «el culo, el culo», sembrando en sus hijos y en nosotros la picardía que ella imaginaba chiste, pero que en realidad era el libreto de una obra teatral con la que aprendíamos a ser adultos sexuales en ese mundo secreto y de miniatura. Entonces, en algún momento la curiosidad nos llevaba a una prenda quitada, un cierre abierto, un botón desprendido. Y todo esto en el vacío de la cultura binaria, en la pansexualidad, en el incesto, en la falta de roles. Esta representación secreta del mundo adulto se da en medio de la utopía sexual que solamente el niño puede crear. Si, como dice Raúl González Tuñón, el niño es el primer surrealista, también es, acaso, el primero en alcanzar la utopía de deshacer los géneros, como plantearía Judith Butler, pero, además, en deconstruir las figuras morales que la consanguinidad pacta entre las personas. En la parodia oculta de lo prohibido que, por performativa, se vuelve «lo real», no hay hombres y no hay mujeres. Por aquellas épocas los deseos estaban sueltos e iban para cualquier lado, así las niñas se besaban con las niñas y los niños con otros niños. Así, los vecinos de mi abuela, que eran hermanos, borraban todo tabú occidental civilizatorio y se acariciaban con la misma lascivia y el mismo amor con que lo podría haber hecho un trío de amantes que rompiera las reglas de la monogamia. Allí, en nuestros primeros juegos con el deseo encendido, estaba el germen del amor

libre y la sexualidad fluctuante, incluso la transexualidad asomaba en el gesto de alguno que asumía el rol femenino o masculino mediante tics, o a través del uso de las voces graves y agudas. Y los cuerpos, despojados de las normas hegemónicas y militaristas del mercado, eran aceptados tal como se mostraban. El cuerpo era el que aparecía allí, no existía un molde con el cual comprar y reprobar. Digamos que en tanto no teníamos nada que ocultar y ocultarnos en nuestro mundo privado de maderas y cartones, no había necesidad de ser una cosa o la otra. Solamente éramos.

Tenía cinco años entonces. Mi madre me compraba golosinas para compartir. La idea de llevar algo significa un ritual, una forma de homenajear a quien recibe, y que los niños lleven algo es una manera tribal de que los padres se muestren respeto entre sí. Algo así como una paga por soportar al animal doméstico y ajeno por un rato, una pequeña gratitud que se da a través de alimentar al bicho del otro. Imagino que cuando otros niños venían a mi casa sucedía lo mismo. El intercambio tácito se convierte en un comercio de favores por parte de los adultos; hay una lógica capitalista entrometida en la amistad de las infancias. El rato en que el niño no está es, para los padres, de libertad, y la libertad se paga con chocolates.

La casa de mi amigo tenía un enorme galpón donde su padre había instalado un taller de chapa y pintura. Allí, quizá, había una primera iniciación al sexo. Siguiendo la tradición heteroconservadora de los talleres de hombres, en el interior de un armario había recortes con mujeres desnudas robadas de alguna revista y pegadas torpemente, divas antiguas desteñidas que daban cuenta de una libido aún con vida, pero tan pálida como esos recortes, como si, de a poco, fuera quedando la silueta decolorada de la vida en la rutina matrimonial de los hombres del taller. Pero mi amigo me mostraba eso con una

mueca, consciente de lo que aquello significaba. Buscaba una complicidad conmigo, una venia, un pase libre, a la vez que exponía su coqueteo con el mundo adulto. Era una manera de darnos permiso.

Detrás del taller había un patio abandonado. Un corazón vacío de pasto muy corto sobre el que se veía claramente cómo la tarde iba oscureciendo y el aire helaba de a poco con el fresco fantasma sobre la piel quieta después de horas de movimiento. En una esquina del patio había una casita y había el silencio, la lejanía de los adultos. Al menos, de los padres de mi amigo, porque ese patio estaba libre para los ojos de las casas vecinas. Al costado de la casita con puertas y ventanas rústicas que dejaban entrever su interior había un árbol no demasiado grande desde el que caían hojas azules con pedacitos del cielo adheridos. En su interior estaba el llamado de la sexualidad tamborileando. Había otros niños. No éramos los mismos que habían correteado toda la tarde al sol, sino que habíamos ensombrecido de ganas. Y los juegos iban derecho a donde ya sabíamos que tenían que ir. Yo era el homenajead, sentado en un banquito de madera, y mi amigo bailaba para mí. Eso me hacía sentir la importancia de estar siendo seducido, de ser el niño deseado. Él movía el cuerpo, lo acercaba al mío y cada movimiento implicaba menos ropa y más tacto. Su piel erizada por el frío o la excitación estaba para que yo dispusiera. Me movía tímido, y mi amigo, intrépido, me pedía que tocara en algún lugar u otro. Se bajaba los pantalones y meneaba sus nalgas de nube inverosímil para mi mundo descubierto. Besalas, besame, decía. Y bailaba un poco más. Luego me besaba en la boca y me

parecía extraño el gusto de su saliva inmadura: calurosa, espesa, pegadiza, mucha. Como una fruta empalagosa. Él era el tallo de esa fruta que bailaba desnuda.

En algún momento ese pequeño reino de seducciones y gotas de boca en boca se tornó en la posibilidad de una perversión. Al costado, en el patio contiguo, una vecina se acercó a hacer alguna tarea que se ha perdido en el fervor de mi recuerdo. El susto puso gris mi cara y me alejé de la ventana. Pero mi amigo no. La madera lo escondía desde la cintura para abajo. Él continuaba soltando una cínica simpatía niña y hablaba con la vecina a la vez que ponía mis manos en su sexo o en sus piernas y me pedía, por lo bajo, que lo siguiera tocando. Entonces yo hacía. Pero la noche estaba cerca y ya se terminaría el tiempo fértil para los niños. Pocos minutos más quedarían de esa práctica amorosa. El baile, la sonrisa, los besos.